
México y África

*Alfredo Pérez Bravo**

1. Diagnóstico general

La nueva configuración mundial ha impactado negativamente al continente africano. Son varios los factores adversos; el fin del bipolarismo rompe equilibrios políticos y militares en la zona, en algunos casos provoca la distensión de conflictos particulares, en otros los acelera; la desaparición de la Unión Soviética, patrocinadora importante en la región, deja gobiernos africanos a la deriva; el fracaso del socialismo colapsa esquemas económicos en la región; la emergencia de nuevos actores mundiales reduce el acceso a la ayuda internacional, que por su parte no crece. Se acentúan los efectos negativos de prolongadas guerras civiles, de malas gestiones gubernamentales, de la corrupción y opulencia oficiales.

El deterioro del entorno económico internacional también ha impactado a las naciones africanas: la caída de los precios internacionales de los productos básicos; la disminución de dichos productos en el comercio mundial; el surgimiento de medidas proteccionistas en economías desarrolladas; el crecimiento de la deuda exterior y su proporción en el Producto Nacional Bruto, y el menor poder adquisitivo de las ganancias por exportaciones de los países en desarrollo.

En el plano económico nacional se observa un menor crecimiento de las economías, sobre todo en términos *per capita*, así como la disminución del ingreso individual; la población crece a un ritmo acelerado; se ha reducido el ingreso vía exportaciones; se ha incrementado la dependencia derivada de la importación de alimentos, a pesar de que la desnutrición y el hambre han

* Embajador de México en Argelia.

umentado; se han contraído los ingresos de capital; los recursos humanos han sufrido un debilitamiento sostenido, a la par que la aplicación de la ciencia y la tecnología; se ha reducido el gasto público y la producción se ha inhibido; la inflación ha aumentado; el ahorro nacional ha desaparecido; se ha registrado una importante fuga de capitales; se ha dejado de invertir en el terreno social y económico. En suma, aumentan las infraestructuras incapaces de atender incluso necesidades tan elementales como la alimentación, la vivienda, la salud, la educación y la seguridad social.

Resulta claro que la mayoría de los gobiernos independentistas cometieron errores y cayeron en vicios administrativos que además de restarles poder y capacidad, no han podido impedir las confrontaciones internas, y mucho menos consolidar un verdadero proyecto social que les brinde, sobre todo, autosuficiencia económica. El panorama africano se presenta sombrío. El futuro de este continente pende de decisiones urgentes y acertadas; los gobiernos africanos no sólo enfrentan su permanencia en el poder sino que tienen la enorme responsabilidad de sacar a sus países de la grave crisis económica, y en varios casos política, que enfrentan.

En este contexto, el multipartidismo sigue ocupando el centro del debate político en África, en parte porque la experiencia de Europa y Asia centrales presionan a las naciones africanas, pero sobre todo porque varias de las actuales estructuras gubernamentales africanas han mostrado incapacidad en lograr sus objetivos económicos y, por lo tanto, políticos. Es éste un momento de extrema vulnerabilidad para los actuales esquemas de gobierno en África, y si bien el multipartidismo puede resultar una solución de principio, también puede ser el inicio del verdadero desplome de sociedades donde la unidad depende, muchas veces, de grupos reducidos o de etnias determinadas. No obstante, modificar las fronteras y fraccionar los actuales Estados representa una tarea de riesgos elevados, al igual que prolongar guerras estériles; más razonable resultará buscar una futura fusión o al menos la unión pragmática de estructuras de dos o más países, bajo esquemas de integración acelerada.

Ante este panorama tan poco alentador, el mayor desafío que enfrenta el continente africano es el del tiempo, el de los años perdidos. Las necesidades sociales y los reclamos políticos resultan cada vez menos tolerantes, aunque es cierto que hay países en situaciones menos apremiantes como Sudáfrica, Zimbabwe, Botswana, Ghana, Marruecos, Túnez, Egipto, Gabón y Mauricio, las demás naciones africanas tienen la urgencia de encontrar fórmulas de solución reales, confiables y expeditas.

Por parte de la comunidad internacional también se han modificado las diversas posturas con respecto al continente; Estados Unidos, eje del actual

sistema de relaciones mundiales, ha mantenido una actitud similar a la que observó durante la guerra fría, de interés marginal; los latinoamericanos como Brasil, Cuba y Argentina —países con la mayor presencia en esta zona—, se han replegado, ya sea por problemas internos, como en los dos primeros casos, o por un cambio de prioridades como en el tercero de ellos.

Europa ha dividido su interés de manera tal que Gran Bretaña ha disminuido sus inversiones en el área; los países nórdicos han dejado de aumentar el nivel de su asistencia, y Alemania ha reducido su cooperación debido a los reclamos de su nueva fisonomía y de sus vecinos de Europa Central; los europeos mediterráneos, España, Italia y Francia, son los únicos que siguen otorgando prioridad a sus relaciones con el continente africano hacia el Magreb; Francia también —con gran énfasis— actúa en África Occidental; Portugal mantiene sus contactos con las naciones lusófonas, que desafortunadamente observan un avanzado estado de deterioro.

Rusia se contrae a su propia problemática y deja así espacios para una nueva presencia oriental que radica en el triángulo Japón, Corea del Sur y China, esta última encargada de grandes obras de infraestructura. India sigue exportando comerciantes, sobre todo a África Oriental y Meridional; los árabes se disputan la difusión de la religión musulmana, aunque algunos en su versión ortodoxa y otros, como Sudán, en su nueva reinterpretación fundamentalista.

Los africanos, por su parte, se han vuelto demasiado pragmáticos; aunque conservan su discurso “tercermundista”, buscan ligarse a los principales centros financieros y obtener nuevas corrientes de capital y de inversión. Su compromiso con la cooperación Sur-Sur parece auténtica, pero su realidad les impide instrumentarla como desearían. Buscan agruparse a economías de la zona que les permitan mayores impulsos y nuevas expectativas.

Los magrebinos, más allá de los discursos de integración, trabajan afanosamente por atraer a sus vecinos europeos; en África Austral se refuerza el eje sudafricano; los africanos francófonos dependen cada vez más de su ex metrópoli; las naciones del Sahel, del África Central, y las del llamado “Cuerno de África”, sólo observan con desesperación la brecha que los aleja de todos estos procesos colectivos; Mauricio y Seychelles, por su parte, se encuentran integrados a la zona económica del Océano Índico.

En síntesis, el mosaico africano de 54 naciones se divide en zonas de mayor y menor crecimiento, en subregiones que se distinguen por su inmovilidad o por su capacidad para instrumentar proyectos económicos colectivos, en países con verdadero potencial o con futuros inciertos. África, por lo tanto, debe dejar de ser considerada como una entidad homogénea, a pesar de que sus integrantes compartan, en distintas proporciones, los mismos problemas.

2. África y su importancia para México

A pesar del número y magnitud de los cambios registrados por el sistema internacional, las relaciones políticas entre las naciones conllevan mayores ventajas para la integridad y la defensa de la soberanía nacional, que aquellas que pudieran aportar de manera aislada las relaciones comerciales, sobre todo en una perspectiva a largo plazo como —me parece— deben entenderse las relaciones internacionales.

El gobierno mexicano valora sus relaciones con el exterior de manera global, y ha dado un peso correcto a los capitales, político y económico, de cada relación. En el caso de África entendemos las razones que impiden, de momento, que nuestros intercambios comerciales crezcan; sin embargo, reconocemos la importancia de un diálogo político.

En el caso de los africanos, si bien es cierto que se trata de los Estados más desfavorecidos del planeta, también lo es el hecho de que conforman cerca de la tercera parte del total de miembros de la comunidad internacional, y de que su apoyo político puede resultarnos significativo, especialmente en el seno de los organismos internacionales. Hay, empero, razones adicionales por las cuales considerar a estas naciones dentro de nuestras estrategias de política exterior:

1. La región cuenta con enormes recursos naturales, lo que explica la importancia que le atribuyen empresas y gobiernos europeos, norteamericanos y asiáticos;
2. Las ubicaciones geográficas de algunos países africanos les otorgan ventajas estratégicas para acciones militares, actividades políticas y flujos comerciales.
3. En el continente se encuentran países de relevante importancia política, como Egipto, y económica, como Sudáfrica.
4. Los africanos reconocen de México sus ventajas económicas y tecnológicas, aunque, en este momento y en estos renglones, los intercambios sean mínimos.

La realidad e intereses descritos hablan de la necesidad de dar un enfoque político a nuestras relaciones con los africanos, particularmente por encontrarnos en un periodo de acercamiento bilateral con dicho continente. En esta etapa

se requiere de información que pueda orientar nuestras acciones —políticas, comerciales y culturales—, requerimos dar atención primordial a la difusión de México en África y de sus naciones en nuestro país. Ante el conocimiento mutuo será más fácil aumentar o iniciar intercambios de distinto tipo, establecer marcos y vías de cooperación efectiva, modificar el pasivo estado que observan nuestros vínculos con los africanos.

3. Estado actual de las relaciones bilaterales

Los países africanos, salvo muy contadas excepciones, no despiertan mayor interés en algunos sectores de la sociedad mexicana; ello se entiende a la luz del diagnóstico antes presentado, al no ocupar dichas naciones algunas de las primeras prioridades de nuestra política exterior, y por la falta de conocimiento que de las mismas se tiene en nuestro país.

Por su parte, en varios países africanos se vive una lamentable crisis generalizada, que se refleja en conflictos sociales, precarias infraestructuras, deficientes servicios, lentas burocracias, e incertidumbre permanente sobre el cumplimiento de los compromisos de distinto orden. Ésta es una realidad que debe sortearse cotidianamente y que también varios países africanos buscan cambiar.

Sin duda, diversos gobiernos de países en desarrollo que no tienen inversiones directas en África, enfrentan un dilema entre disminuir su presencia por la creciente crisis que vive la mayoría de los países africanos, misma que limita las acciones y los resultados, o mantener una presencia que con el tiempo puede representar una inversión política y económica.

Ante esta realidad, se da como alternativa viable el seleccionar un número reducido de países y buscar iniciar con ellos programas de difusión, cooperación técnica, científica, cultural o de cualquier otro tipo, que edifiquen los primeros puentes para mayores intercambios, lo cual generaría una mayor presencia incluso en los países vecinos a los seleccionados.

En este momento existen algunos proyectos de cooperación entre México y los países africanos; sin embargo, de hecho nuestras relaciones políticas se siguen concentrando en el seno de los organismos internacionales. Nuestro comercio con el continente apenas llegó, con cifras acumuladas de exportaciones e importaciones, a 150 000 000 de dólares durante 1991, según información del INEGI; este renglón contrasta con nuestros intercambios en otras zonas; por ejemplo, con Corea —un sólo país— se registró, en el mismo periodo, un comercio superior a los seiscientos millones de dólares.

4. Conclusión

La nueva proyección de México en el ámbito internacional le abre oportunidades a favor del país, además de colocarlo como uno de los motores del sistema internacional. Es claro que México está llamado a cumplir una función de enlace entre economías desarrolladas y sociedades menos favorecidas, entre iniciativas de vanguardia y estructuras deficientes que aún operan en nuestro planeta. México, su política exterior, deberá, por lo tanto, otorgar especial atención a los extremos del escenario mundial, y uno de ellos —qué duda cabe— es África.
